

## “Del odio al amor”

¡Hola amigos! La cabra tira al monte. He vuelto a pasar por la librería francesa más veterana de Madrid. Y, no se por qué, mis ojos se han detenido en un libro titulado: “El mal en Occidente”. Iba de paso y no pude entrar a hojearlo. Pero me impactó. Por primera vez, veía el mal elevado a categoría científica. Algo así como un entomólogo que mirase un insecto con lupa. Y me dolió ese mal, así, en concreto.

Confieso que me cuesta creer en el mal. Pero realmente su evidencia hoy, asusta.

Es demasiado mal. Es odio. La guerra ahora es feroz. Los países de Occidente la llevan lejos de ellos, a pueblos de Oriente, al Tercer Mundo. Lejos. Pero vendiéndoles armas que ellos no dejan de fabricar.

Y el enemigo lejano busca también sus armas. Se esconde, como en madrigueras, en el corazón de las ciudades, en los colegios, los hospitales, los mercados, las estaciones de autobuses...

Ponen, pobres civiles indefensos, como “escudos humanos”. Es un mal terrible ver a miles de niños morir, cuando la vida empieza, en un bombardeo feroz.

El mal, ¡Dios mío!, eliminando tribus enteras, en tantas zonas de África y Oriente Medio. Genocidios. Ahora son los “tamiles” los que esperan, cercados, el exterminio. Y sin salida.

Está también, el odio cercano de los políticos, en cualquier país. Siempre tirando a matar al adversario para perpetuarse en el poder. Y luego, tanto rencor antiguo: al propio país, a la Iglesia, a la vida que empuja para nacer...

Suelto los periódicos, cada mañana, y me pongo a rezar. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Claro que cada uno, en el rum – rum de nuestra vida, algo podremos. Por que la fe nos asegura que, al final, todo acabará bien. Y nos agarramos a esa “fe dura”, como el “rock duro”. Una fe agresiva que gusta a Dios. Recordamos al “poverello de Asís: “que donde haya odio, ponga yo amor”. Un consuelo.

Pero ¡ojo a la política! Con razón decía Nietzsche que “el verdadero motor de la política es el resentimiento. No las consideraciones razonables”.

Como veis, el libro francés me ha puesto trágico el ánimo. Menos mal que ya esta aquí, Pentecostés, la llegada arrolladora del Amor.

Más que nunca, el Espíritu anda hoy en busca de corazones, de labios, de manos que encender, ante la gran ola de desamor que invade al mundo. No es sólo el odio, que palpamos. El paro, el hambre y toda clase de pobrezas, son fuente diaria de información, ¡qué huracán de amor necesitamos para barrer tanto desamor!

“De repente vino del cielo como una ráfaga de viento impetuoso que llenó la casa donde estaban” (Hch 21). Es Pentecostés. Es el Espíritu que representa el amor, que resume todos los dones, todos los carismas. Fue el descubrimiento de aquella joven carmelita francesa que, en su locura por servir al Señor, quería vivir todas las vocaciones. Y el Señor le hizo entender que **sólo hay una vocación: el amor.**

¿Por qué no buscar hoy todos el amor? Un corazón nuevo. Un amor como el primero y el último. Como no hemos sentido jamás. Justo porque llega el Espíritu Consolador. Sí, que los hombres entiendan, en sus angustias, que hay un Consolador. Que oigan a Yahvéh clamando en la Biblia: “Consolad, consolad a mi pueblo”.

Sí, que todos sintamos, en las situaciones injustas y dolorosas, que hay una solución. Que existe un Consolador al que se le derrama por los dedos la ternura. Que no se cansa de acogernos y abrazarnos. Alguien, para quien somos, como “aquel niño tonto de la calle de San José” que, según “Platero y yo”, era “todo para su madre, nada para los demás”.

Realmente, cada uno de nosotros somos “todo para Dios”. “Única para mí es mi paloma”, leemos en el Cantar de los Cantares. ¿Sabremos transmitir este inmenso amor a todo el odio del mundo?

Os quiere.

Déborah

